

WARHAMMER®
CHRONICLES

— CUARTO ÓMNIBUS —

LAS AVENTURAS DE GOTREK Y FÉLIX



NATHAN LONG
minotauro

NATHAN LONG

**LAS AVENTURAS DE
GOTREK Y FÉLIX**

CUARTO ÓMNIBUS

minotauro

Las aventuras de Gotrek y Félix Omnibus nº 04/06

Published by Black Library, 2013
Copyright 2025 © Games Workshop Limited.

Elflayer © 2008 Games Workshop Ltd. *Shamanslayer* © 2009 Games Workshop Ltd. *Zombieslayer* © 2010 Games Workshop Ltd. *Slayer of the Storm God* © 2011 Games Workshop Ltd. *The Funeral of Gotrek Gurnisson* y *Slayer's Honour* aparecieron por primera vez *Gotrek & Felix: the Anthology* © 2012 Games Workshop Ltd. La versión original del glosario de términos apareció por primera vez en *Inferno! 36* © 2003 Games Workshop Ltd.

Actualización del glosario de términos de Lindsey D le Doux Priestley. Games Workshop quiere dar las gracias a Rob Clarke y a Angela McIntosh por la versión original del glosario de términos.

Gotrek & Felix. The Fourth Omnibus, Las aventuras de Gotrek y Félix Omnibus nº 04/06, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo "o"™, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo. Reservados todos los derechos.

Originally published as *Gotrek & Felix. The Fourth Omnibus*

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción:

© Simon Saito Navarro (*Mataelfos, Matachamanes y Matazombis*)
© Javier Puerto (*Introducción y El Matador y su honor*)
© Patricia Nunes (*Matador del Dios de las Tormentas*)
© J.E. Álamo (*El funeral de Gotrek Gurnisson*)

Ilustración de cubierta: Tomas Duchek
Mapa: Nuala Kinrade

ISBN: 978-84-450-2030-2
Depósito legal: B. 23.070-2024
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
MATAELFOS	15
MATADOR DEL DIOS DE LAS TORMENTAS	365
MATACHAMANES	401
MATAZOMBIS	751
OTROS RELATOS	
El funeral de Gotrek Gurnisson <i>por Richard Salter</i>	1123
El matador y su honor <i>por Nathan Long</i>	1145
GLOSARIO DE TÉRMINOS	1239

UNO

Félix Jaeger se miró en el espejo de marco dorado de la admirable entrada de la mansión de su padre en Altdorf, se alisó el nuevo jubón gris y se arregló el cuello de la camisa por décima vez. El profundo corte que se había hecho en la frente con la explosión de la *Espíritu de Grungni* era ahora apenas una cicatriz rosada que formaba un arco por encima de su ceja izquierda. Los otros cortes y rasguños superficiales habían desaparecido. Los médicos que lo habían atendido estaban atónitos. A pesar de que habían pasado menos de dos meses desde el accidente, estaba completamente recuperado. Ya no le dolían los tobillos, que se había torcido al aterrizar en el suelo tras arrojarle al vacío con el ingenio que capturaba el aire de Makaisson, y los dolores de cabeza y la visión doble habían desaparecido. Ni siquiera le quedaban marcas de las numerosas quemaduras, y el tajo hasta las costillas infligido por la espada del adorador del Caos, justo debajo del brazo izquierdo, no era más que una línea que se difuminaba.

Naturalmente era una buena noticia volver a estar en forma y sano, pero eso también significaba que se había quedado sin excusas para no ir a visitar a su padre.

Oyó una tos discreta a su espalda y se volvió. El mayordomo de su padre se encontraba en la escalera de mármol que ascendía hacia las plantas superiores.

—Le recibirá ahora.

«Bueno —pensó Félix—, ha llegado el momento. No puede ser peor que enfrentarse con un demonio, ¿verdad?»

Tragó saliva y ascendió la escalera detrás del mayordomo.

Gustav Jaeger parecía un maniquí arrugado anegado en un mar de ropa de cama blanca. Sus marchitas manos descansaban, quietas y rosadas, sobre el edredón de pluma de ganso. Un llamativo anillo de oro engarzado con zafiros que rodeaban la letra J, formada por rubíes, rodeaba flojamente un dedo encogido. La piel de la cara le colgaba de los huesos como ropa mojada tendida a secar. Ya tenía todo el aspecto de un muerto. Félix a duras penas lo reconoció; nada quedaba del hombretón que había sido. Sólo sus ojos se conservaban como Félix los recordaba: vivos y coléricos, de color azul y capaces de licuarle a Félix las entrañas con una sola mirada acerada.

—Cuarenta y dos años —dijo con un hilo de voz—. Cuarenta y dos años y sin nada que lo corrobore. Patético.

—He viajado por todo el mundo, padre —replicó Félix—. He escrito libros. He...

—Los he leído —espetó el padre—. O al menos lo he intentado. Menuda basura. No se salva ni uno. Estoy seguro de que no habrás ganado ni una corona con ellos.

—Pues Otto dice que...

—¿Tienes ahorros? ¿Propiedades? ¿Esposa? ¿Hijos?

—Eh...

—Ya suponía yo que no. Doy gracias a los dioses por el crío de Otto. Si lo hubiera dejado en tus manos, no quedaría nadie que llevara el apellido Jaeger. —Levantó con debilidad la cabeza de la almohada y clavó en Félix una mirada corrosiva—. Imagino que has vuelto para mendigar tu herencia.

Félix se sintió ofendido. No había ido a buscar dinero. Estaba allí para hacer las paces.

—No, padre. Yo...

—Pues mendigarás en vano —se burló el anciano—. Mira que desperdiciar todas las ventajas que te ofrecí: una educación, un puesto en el negocio familiar, el dinero que gané con el sudor de mi frente, todo para convertirte en poeta. —Escupió esta última palabra, como si dijera «orco» o «mutante». —¿Dime cuándo un poeta ha hecho algo útil por el mundo!

—Bueno, el gran Detlef...

—¡No me vengas con necedades, idiota! ¿Crees que me apetece oír tu parloteo de afeminado?

—Padre, no te alteres —dijo Félix, alarmado al ver que el rostro rosado de su padre se ponía rojo—. Estás mal. ¿Quieres que vaya a buscar a la enfermera?

Su padre se dejó caer sobre la almohada, con la respiración agitada y anhelosa.

—Mantén a esa... gorda envenenadora... lejos de mí. —Volvió la cabeza para mirar otra vez a Félix. Ahora sus ojos estaban turbios... angustiados. Una de sus apercaminadas manos indicó con un gesto a Félix que se acercara—. Ven aquí.

Félix adelantó una silla, con el corazón en un puño.

—¿Sí, padre? —Tal vez su progenitor iba a ablandarse por fin. Quizá finalmente cicatrizarían las viejas heridas de ambos. Tal vez iba a decirle que en lo más profundo de su corazón siempre lo había querido.

—Existe... un medio por el que podrías volver a ganar mi favor y... tu herencia.

—¡Pero si yo no quiero una herencia! Sólo quiero tu...

—¡No me interrumpas, maldita sea! ¿No te enseñaron nada en la universidad?

—Perdóname, padre.

Gustav se quedó mirando el techo. Permaneció en silencio y quieto durante tanto rato que en Félix nació el temor de que hubiera muerto sin haber pronunciado las palabras de reconciliación porque él lo había interrumpido.

—Estoy... —dijo Gustav al cabo con voz apenas audible.

Félix se inclinó con ansiedad hacia él.

—¿Sí, padre?

—Estoy en peligro de perder Jaeger e Hijos... a manos de un malvado pirata llamado Hans Euler.

Félix parpadeó. No eran ésas las palabras que había esperado.

—¿Perder...? ¿Quién es ese hombre? ¿Qué ha ocurrido?

—Su padre, Ulfgang, fue socio mío, y Hans, ese pequeño chantajista desalmado, se ha hecho con una carta personal que le escribí a su padre hace treinta años que, según afirma él, demuestra que yo introducía contrabando en el Imperio para no pagar los aranceles. Dice que le enseñará la carta al Emperador y al Gremio de Comerciantes de Altdorf, si no lo hago socio mayoritario de Jaeger e Hijos antes de que acabe el mes próximo.

Félix frunció el ceño.

—¿Introducías contrabando para no pagar los aranceles imperiales?

—¿Qué? ¡Por supuesto que sí! Todos lo hacen. ¿Cómo crees que pagué tu desperdiciada educación, muchacho?

—Ah.

Félix se escandalizó. Siempre había sabido que su padre era un empresario despiadado, pero ignoraba que había llegado a violar la ley.

—¿Y qué sucederá si ese tal Euler entrega la carta a las autoridades?

La cara de Gustav comenzó a ponerse roja otra vez.

—¿Qué pasa? ¿De repente eres abogado? ¿Estás evaluando las posibilidades de mi caso? ¡Soy tu padre, malditos sean tus ojos! Debería bastar el hecho de que te lo estoy pidiendo.

—Sólo estaba...

—El gremio me expulsaría y el fisco imperial se quedaría todo lo que tengo, eso es lo que sucedería —replicó Gustav—. Esa corrupta puta vieja de Hochsvoll cogería mi cédula y se la daría a uno de sus secuaces. Yo iría a prisión, y Otto y tú os quedarías sin herencia. ¿Es eso suficiente para despertar tu compasión?

Félix se sonrojó.

—No era mi intención...

—Euler aguarda mi respuesta en su casa de Marienburgo —prosiguió el anciano, dejándose caer de nuevo sobre la almohada—. Quiero que vayas allí y emplees el medio que consideres oportuno para hacerte con la carta. Tráemela y obtendrás tu herencia. En caso contrario, ya puedes morirte en la miseria, como mereces.

Félix frunció el ceño. Si bien nunca había estado seguro de lo que esperaba de aquel encuentro, con certeza no era esto.

—¿Quieres que se la robe?

—¡No quiero saber cómo lo harás! ¡Simplemente hazlo!

—Pero...

—¿Cuál es el problema? —preguntó Gustav con la voz ronca—. He leído tus libros. Recorres el mundo matando a todo lo que se mueve y robando sus tesoros. ¿Vas a negarte a hacer lo mismo por tu padre?

Félix vaciló a la hora de responder. ¿Por qué tenía que hacerlo? No quería la herencia, no quería a su hermano Otto lo bastante como para preocuparse por que él recibiera la suya, y dudaba que su padre fuera a vivir durante el tiempo suficiente como para cumplir condena en prisión. Sinceramente, no sentía que le debiera nada al viejo. Su padre lo había echado a la calle sin un solo pfennig veinte años antes, y desde entonces jamás se había preocupado por saber cómo estaba; y antes de eso había sido un padre duro e indiferente. A lo largo de los años, había habido numerosas ocasiones en las que Félix había deseado que el viejo se atragantara con las gachas del desayuno y muriera, y sin embargo...

Y sin embargo, ¿no había acudido Félix allí para poner fin al antiguo rencor? ¿No había deseado decirle a su padre que por fin había entendido que, al menos a su manera, él lo había intentado? Puede que Gustav hubiera reprendido despiadadamente a sus hijos y les hubiera impuesto metas tan altas que les resultaba imposible alcanzarlas, pero también les había proporcionado una infancia carente de privaciones, les había pagado los mejores colegios y preceptores, había gastado cuantiosas sumas de dinero para intentar comprarles un título nobiliario, y les había ofrecido un puesto en su prospera empresa. Tal vez no hubiera sido capaz de expresarse más que con maldiciones, bofetadas e insultos, pero había querido que sus hijos tuvieran una buena vida, y Félix había ido a darle las gracias por eso y para dejar atrás el pasado. ¿Cómo, entonces, podía negarle a su padre lo que tal vez fuera una última petición en su lecho de muerte?

No podía.

Félix suspiró y bajó la cabeza.

—Muy bien, padre. Recuperaré la carta.

Félix había estado tan ansioso durante los momentos previos al encuentro con su padre que no había mirado a izquierda ni a derecha de camino

a la mansión; ahora, no obstante, mientras desandaba sus pasos camino de la posada El Grifo, bien arropado con la capa para protegerse del frío helador de la mañana de finales de otoño, sus ojos saltaban de un lado a otro, y las concurridas calles de Altdorf le evocaron toda clase de recuerdos.

Allí, a la derecha, con los muros verdes del Colegio Jade alzándose por detrás, estaban los apartamentos de *herr* Klampfert, el preceptor que le había enseñado el alfabeto y la historia, y que olía mucho a agua de rosas. Allí estaba la casa de Mara Gosthoff que, a la temprana edad de catorce años, le había permitido besarla en el baile del Día de Sonnstill. Hacia el oeste, al girar y encaminarse hacia el sur por la atestada calle Austausch, atisbó las torres de la Universidad de Altdorf, donde había estudiado Literatura y Poesía, y donde se había unido a los alborotadores que predicaban la abolición de las clases gobernantes y la igualdad para todos.

A medida que caminaba, se acumulaban los recuerdos. Se sucedían precipitadamente y convergían en el momento en el que su vida había dado un giro definitivo, sin posibilidad de dar vuelta atrás. Más adelante se encontraba el patio en el que había librado el duelo con Krassner; lo había matado cuando su intención era sólo herirlo. Ahora entraba en la plaza König, donde él y sus compañeros agitadores habían encendido las hogueras y encabezado la multitud en una gran manifestación contra la injusticia del Impuesto sobre Ventanas. Allí estaba la estatua del Emperador Wilhelm, tras la cual lo había arrastrado Gotrek cuando la caballería de la Reiksguard había cargado contra los manifestantes y asestado indiscriminados espadazos. Ésos eran los adoquines sobre los que media docena de lanceros habían muerto bajo el hacha de Gotrek, y cuya sangre había empapado la mugre y la ceniza de las hogueras. Y allí, justo antes del puente Reiksbruck, había un angosto callejón que conducía a la taberna donde él y Gotrek se habían bebido hasta ponerse ciegos y donde, a primeras horas de la madrugada, Félix había jurado seguir al Matador y escribir un poema épico que diera fe de su grandiosa búsqueda de la muerte en batalla.

Se detuvo en la boca del callejón y clavó la mirada en sus tenebrosas profundidades. Lo asoló un torbellino de emociones encontradas. En parte deseaba poder entrar en él y retroceder en el tiempo para tocarle

un hombro a la versión joven de sí mismo y pedirle que no hiciera el juramento. Otra parte de él imaginaba la vida que habría tenido en el caso de no haberlo hecho —una vida de matrimonio, decoro y responsabilidad—, y pensaba que debería quedarse justo donde estaba.

Desterró esa ensoñación de su cabeza y reanudó la marcha. El regreso a Altdorf le colmaba de sentimientos extraños. La ciudad estaba llena de fantasmas.

Félix se detuvo y alzó la mirada hacia el bajo dintel de la puerta de la posada El Grifo. Un débil sonido captó de repente su atención y miró al tejado, que se encontraba cuatro plantas más arriba. No vio más que postigos cerrados y nidos de pájaros. Palomas que se peleaban bajo los aleros, sin duda. Entró.

Un puñado de clientes a los que se les habían pegado las sábanas aún estaban desayunando en el salón cálido y con el suelo de losas de la posada. Saludó con la cabeza a Irmele, que estaba recogiendo platos y tazas, y se detuvo frente a Rudgar, el posadero, que hacía rodar un barril nuevo de cerveza del Territorio de la Asamblea hasta su sitio, detrás de la barra.

—¿Ya ha bajado? —preguntó Félix.

Rudgar señaló con la cabeza hacia el fondo del salón.

—No ha llegado a subir. Mantuvo a Janse despierto durante toda la noche, llenándole una y otra vez la jarra. Allí estaba cuando te marchaste esta mañana. ¿No lo viste?

Félix negó con la cabeza. Había estado demasiado nervioso por la visita a su padre como para fijarse en nada al salir de la posada. Escudriñó las sombras del fondo del salón. Medio oculto en un rincón que había detrás de la gran chimenea de la posada estaba Gotrek, encorvado e inmóvil en una silla baja, con el barbudo mentón contra el pecho y una jarra de cerveza flojamente sujeta con una manaza. Félix sacudió la cabeza. El Matador tenía un aspecto espantoso.

La causa de los desvelos de Félix no eran las heridas de Gotrek. La mayoría ya habían cicatrizado como lo hacían siempre, limpia y completamente, y ahora sólo eran un recuerdo del pasado. Salvo por la aparatosa escayola del brazo derecho, el Matador estaba como nuevo. Lo que preocupaba a Félix era que su compañero había dejado de cuidarse. En las raíces del pelo de su cresta se le veían más de un par de centíme-

tros de color castaño que no se había molestado en teñir. El resto de la cabeza estaba recubierto por una pelusa desigual que comenzaba a ocultarle los tatuajes de color azul, y tenía hinchada la cara. En su barba se veían restos de comida, y la escayola, antes blanca, estaba recubierta ahora de mugre y manchada de cerveza. Mantenía su único ojo entornado y fijo en la pared de enfrente. Félix no sabía si estaba despierto o dormido. Hizo una mueca. Aquello estaba convirtiéndose en algo demasiado frecuente.

—¿Te ha pagado?

—Sí —dijo Rudgar—. Nos dio uno de sus brazaletes de oro. Tiene pagada la cuenta hasta el regreso de Sigmar.

Félix frunció el ceño. Eso era mala señal. Gotrek no disponía de una caja acorazada en la que transportar el tesoro que había amasado a lo largo de sus aventuras, así que lo llevaba en torno a las muñecas. Los brazaletes y las bandas de oro que le envolvían los portentosos brazos eran para él tan preciados como los tesoros de cualquier rey enano. Sólo se desprendía de ellos en las situaciones más desesperadas. Félix lo había visto pasar hambre durante semanas en lugar de usar uno de ellos para comprar comida. Ahora había pagado la bebida con uno de esos brazaletes.

El Matador jamás habría hecho eso en un momento anterior, pero estos últimos días el enano estaba más apesadumbrado de lo que Félix lo había visto jamás, y su humor no había cambiado desde la llegada a Altdorf, después de la destrucción de la *Espíritu de Grungni*, que les había impedido llegar a tiempo al cerco de Middenheim.

Ese día en el que había abierto los ojos tras caer del cielo, Félix había tenido el despertar más extraño de una vida cuajada de extraños despertares. En un primer momento sólo vio blanco, y se preguntó si estaría tendido sobre una nube, o si habría muerto e ido a parar a un extraño mundo de niebla. Entonces, tres estudiantes de Malakai le habían quitado de encima el dosel de seda del ingenio de Malakai y se habían inclinado a mirarlo, con las cabezas recortadas contra el rojo cielo del atardecer mientras lo examinaban para ver si tenía huesos rotos.

Las cosas continuaron siendo extrañas cuando lo incorporaron, porque descubrió que se encontraba en medio de un campo de cultivo, con

los enormes bultos de los cañones corruptos que el mago Lichtmann había deseado llevar a Middenheim inclinados en ángulos extraños sobre los surcos que lo rodeaban, como menhires de hierro de un culto olvidado mucho tiempo atrás. En un campo adyacente, la barquilla de la *Espíritu de Grungni* yacía semienterrada y parecía un destrozado levitán de metal a punto de zambullirse en un mar de tierra.

Y luego, a la izquierda, vio lo más extraño de todo: Gotrek, en lo alto de un árbol, colgando de las cuerdas de seda de su artilugio para capturar aire, mientras otros estudiantes de Malakai trepaban por las ramas para cortarlas y bajarlo.

El propio Malakai se encontraba junto a una valla, donde trataba de convencer a un grupo de granjeros armados con horcas de que él y sus compañeros no eran demonios ni nórdicos ni orcos; pero no estaba teniendo demasiada suerte.

Cuando el incidente se hubo aclarado, la tripulación de la *Espíritu de Grungni* descubrió que se había estrellado en el corazón del territorio de Reikland, no lejos de Altdorf. Al no tener cañones normales ni suministro alguno que llevar al frente, ya no había razón para que continuaran hacia Middenheim, y había que hacer algo con los cañones contaminados. No podían dejar aquellos objetos malignos donde habían caído. Su influencia contaminaría la tierra y las personas en muchos kilómetros a la redonda. Malakai decidió que debía llevarlos de vuelta a Nuln, con el fin de hallar un modo de destruirlos de una manera segura, así que alquiló unos carros para transportarlos y otro para que llevara a Gotrek y Félix hasta Altdorf, dado que las heridas de ambos eran demasiado graves como para realizar el largo viaje hasta Nuln.

Aunque Gotrek protestó con toda su alma y dijo que continuaría camino hasta Middenheim, tanto si tenía el brazo roto como si no, al final incluso él tuvo que admitir que no sería de mucha utilidad en una lucha si tenía un hueso asomándole a través de la piel. Por lo tanto, dos de los estudiantes de Malakai los escoltaron a él y a Félix hasta la capital y usaron fondos de la Escuela de Artillería para pagarles el alojamiento y los honorarios de los médicos. Malakai había dicho que era lo mínimo que podía hacer la escuela por ellos, después de que impidieran que los cañones malditos llegaran a Middenheim y posiblemente provocaran la caída del Imperio.

—Y habría sido culpa de la escuela, y mía, si eso hubiera sucedido —había dicho el ingeniero con aire abatido—. Por no advertir en un primer momento que los pobres cañones habían sido maldecidos. Me habría tenido que afeitar la cabeza de nuevo.

Así pues, durante los últimos dos meses, Gotrek y Félix habían permanecido ociosos en Altdorf, esperando que se curaran sus heridas, sin nada más que hacer que sentarse en el salón de la posada El Grifo. La inactividad forzosa no habría sido tan mala de no ser porque, cuando llevaban diez días en la ciudad, había llegado del norte la noticia de que Archaon se había retirado de Middenheim y levantado el cerco.

La guerra había acabado.

Gotrek no había dejado de beber desde entonces.

En el fondo Félix no se lo reprochaba. Desde el mismo momento en que habían llegado a Barak-Varr aquella primavera y se habían enterado de la invasión, el Matador había puesto todas sus ilusiones en enfrentarse con un demonio en el campo de batalla, y una vez más se le había negado la muerte. Esto lo había sumido en un estado de depresión tan profunda que Félix temía que acabara matándolo.

Ya había visto antes a Gotrek presa de la desesperación, pero nunca en tal grado. En todas las ocasiones anteriores, por muy hundido que estuviera, la rabia o los insultos conseguían rescatarlo de ese decaimiento. Ahora, ni las pullas de borrachos ni las amenazas de arrogantes matarifes conseguían hacerle levantar la cabeza. Continuaba con la vista clavada ante sí, como si en el mundo no existiera nada más que él mismo y su jarra de cerveza.

A Félix eso le producía un dolor tremendo. De un Matador no podía decirse que hubiera perdido la voluntad de vivir, ya que toda su vida estaba consagrada a la búsqueda de la muerte, pero era algo realmente triste ver a un Matador que había perdido la voluntad de buscar una buena muerte.

Félix se sentó enfrente de Gotrek en el rincón situado detrás de la chimenea. El Matador no dio muestras de percatarse de su presencia.

—Gotrek.

El enano mantuvo la mirada fija en la media distancia.

—Gotrek, ¿estás despierto?

El Matador no volvió la cabeza.

—¿Qué pasa, humano? —dijo al cabo—. ¿Por qué no me dejas beber en paz? —Su voz sonaba como si alguien frotara dos piedras en el interior de una tumba.

—Yo... Me gustaría ir a Marienburgo.

Gotrek meditó la noticia durante un largo momento antes de responder:

—Allí las tabernas son iguales que las de aquí. ¿Por qué molestarse?

—Tengo que hacer allí una cosa que me ha pedido mi padre. Puedes quedarte aquí, si quieres, aunque un cambio de aires podría levantarte el ánimo. Sólo me llevará tres semanas, poco más o menos.

Gotrek pensó en eso un poco más y finalmente encogió sus voluminosos hombros.

—Qué más da un sitio que otro. —Alzó la jarra para beber otro sorbo.

Félix aún estaba intentando dilucidar si eso era una respuesta afirmativa o negativa cuando algo pasó a gran velocidad ante su nariz e hizo trizas la jarra de Gotrek. La cerveza le regó la barba y el regazo.

Gotrek alzó lentamente los ojos mientras Félix se volvía en la dirección de la que había llegado el dardo. Algo largo y estrecho asomaba a través de un cristal que faltaba en una ventana con parteluz. Otro dardo entró disparado. Félix se lanzó hacia un lado. Gotrek levantó el brazo derecho y el dardo se clavó en la escayola. Su único ojo miró con una ira heladora en dirección a la ventana, mientras deslizaba una mano hacia el hacha que estaba apoyada contra su silla.

—Vaya desperdicio de cerveza —dijo.